

11  
5  
6  
J. VELARDE

---

LA  
VELADA

POEMA

~~~~~  
TERCERA EDICION  
~~~~~

SEVILLA  
—  
FRANCISCO ALVAREZ Y C.<sup>ª</sup>  
Zaragoza, 21



MADRID  
—  
FERNANDO FÉ  
Carrera de San Jerónimo, 2

1884

ANT-XIX-1297(6)





LA VELADA



18 cm

R-66243

J. VELARDE

---



LA  
VELADA

POEMA

-----  
TERCERA EDICION  
-----

SEVILLA

—  
FRANCISCO ÁLVAREZ Y C.<sup>a</sup>  
Zaragoza, 21



MADRID

—  
FERNANDO FÉ  
Carrera de San Jerónimo, 2

1884

Es propiedad del autor.

A MI QUERIDO MAESTRO

EL EMINENTE POETA

D. Ramon de Campoamor

*J. Velarde*



---

---

# LA VELADA

---

## POEMA

---

### I.

Allá del Norte en la region sombría,  
perennes en los valles son las nieblas,  
en los montes altísimos la nieve  
y en el fondo del alma la tristeza.

Pálido el sol se aduerme sobre el lago,  
ó las nubes preñadas de tormentas,  
y es el dia crepúsculo medroso  
que da en la noche cuando nace apénas.

Levántase la gótica abadía  
del río caudaloso en la ribera,  
y cual nido de halcón inaccesible,  
el castillo feudal en la alta peña

á cuyos piés, rugiendo y rebotando,  
el torrente hervoroso se destrenza  
en hilo de cristal, que el sol matiza  
y el viento rompe y desmenuza en perlas.

Dentro de la ciudad, las catedrales,  
altas como los vuelos de la idea,  
como el seno del alma misteriosas,  
como la humana desventura inmensas,

en cuyas criptas el eterno sueño  
duermen bajo la losa que los cierra,  
con sus pasiones y mundanas glorias,  
los grandes, hecha polvo su grandeza,

en tanto que la estatua del humilde  
sobre la aguja de calada piedra  
las nubes rasga para alzar al cielo  
sus preces mudas y pupilas ciegas.

Allí el viento en sus alas voladoras  
perdidos ecos de baladas lleva,  
que repiten las olas de los mares  
tendiéndose espumosas en la arena;

y es el hogar el centro de la vida,  
donde en grupo feliz la madre reza,  
salta alegre el rapaz, dormita el viejo,  
trabaja el padre y la zagala sueña.

Y en la noche, allá léjos, en la altura  
la nieve cuaja y en aludes rueda;  
de lobos la famélica jauría  
persigue aullando á la espantada cierva;

como girones de vapor, las hadas,  
al lucir de la luna soñolienta,  
surgen del lago y bulliciosas tejen  
sus fantásticos bailes en la selva;

las brujas caminando al aquelarre,  
de imprecaciones el espacio llenan,  
y los gnomos en busca de tesoros  
remueven las entrañas de la tierra.

## II.

Á la inspirada voz de un ermitaño  
las naciones cristianas se despueblan,  
y por norte la cruz, dan en Oriente  
con el ciego furor de la tormenta.

Alza la fe los templos gigantes,  
en el claustro refúgianse las letras,  
y hallan nuevos tesoros de poesía,  
dentro del corazon, rudos poetas.

Es la edad de los sueños y fantasmas;  
de la fe, del amor y de la fuerza.  
Menospreciando la mundana vida  
al desierto encamínase el asceta,

en tanto que el abad, teniendo en poco  
el poder de la santa penitencia,  
cambia el sayal por la tupida malla  
y abandona el silicio por la espuela.

La jóven celestial, en cuyo pecho  
anidan los amores y ternezas,  
impasible en la justa ve la muerte,  
y del más fiero paladin se prenda;

y el mismo gran señor, que cuando baja  
de su castillo la campiña asuela,  
y que al pechero que cazó en sus bosques  
sin compasion de la picota cuelga,

hace abatir el puente levadizo  
para el mendigo, y á su hogar le sienta,  
y bebiendo con él, pone los labios  
donde puso los suyos la miseria.

Junto va el heroismo con el crimen,  
el error se desposa con la ciencia,  
abrázase la fe con la herejía,  
de un ósculo de paz brota la guerra ;

edad á un tiempo bárbara y sublime,  
fecunda engendradora de leyendas,  
en la que Cristo y Satanás contienden  
como iguales en trágica pelea,

y en la que Dante baja á los abismos,  
no sondados jamas, de la conciencia,  
para alumbrar con la sulfúrea llama  
de los infiernos la espantada tierra.

## III.

Es la hora triste en que el rumor más grato  
como gemido lastimero suena,  
el del arroyo que entre guijas corre,  
el de las hojas que en las ramas tiemblan ;

hora en que al tibio resplandor dudoso,  
que estremecidas lanzan las estrellas,  
espectros terroríficos parecen  
los árboles, las torres y las peñas ;

hora en que surca el cielo el meteoro,  
fugaz como la gloria en su carrera,  
pero también, como la gloria humana,  
tras sí dejando luminosa estela ;

hora en que el fuego fatuo, de las tumbas  
fosforeciendo surge y serpentea,  
imágen de la dicha ambicionada,  
de léjos luz, oscuridad de cerca ;

y hora en que el alma que de sueños vive,  
arrobada, en los astros deletrea  
el misterioso arcano del destino  
por Dios escrito en la azulada esfera.

## IV.

Turban sólo el silencio de la noche  
los alegres clamores de una fiesta,  
que surgen de un castillo, que en la altura  
con orgullosa majestad se eleva,

siendo á la vez que gótico palacio,  
inexpugnable y ruda fortaleza,  
y amenaza constante suspendida  
sobre los pueblos que á sus piés blanquean.

En la sala de honor, con los blasones  
hábilmente tallados en la piedra,  
de atributos guerreros y de caza  
los trofeos magníficos alternan.

Cubren los muros y pilares toscos  
tapices recamados de oro y seda,  
y el pavimento la alcatifa mora  
y la pintada piel de la pantera.

Lucen en las ventanas ojivales,  
que rompen y abren la muralla espesa,  
pinturas sobre vidrios de colores  
que al noble San Huberto representan,

y sujetos en garfios y en anillas,  
casi la luz del sol dan á la escena  
hachas y cirios de colores varios  
que el ambiente perfuman con esencias.

Un altivo señor de adusto ceño  
y una dama arrogante y altanera,  
en sitiales de altísimo respaldo,  
presiden la velada que comienza,

teniendo ella á sus piés á un lindo paje  
que los borlones del sitial destrenza,  
y él á un bufon que los malignos chistes  
sazona con la hiel que le envenena.

En escaños y blandos almohadones  
colocándose van mujeres bellas  
y pajes y escuderos, que bien pronto  
en amorosas pláticas se enredan.

En el fondo y pegados á los muros  
soldados del castillo se alinean ,  
en los semblantes dibujada el ánsia  
con que el tan caro regocijo esperan.

En animados grupos los juglares  
sus instrumentos melodiosos templan ;  
discurren sobre caza los monteros ,  
hablan los veteranos de la guerra ,

y en el hueco que deja una ventana ,  
en actitud de quien medita ó sueña ,  
se halla el famoso trovador , objeto  
de tan brillante y animada fiesta.

## V.

Á una señal de la imperiosa dama,  
(que para deslumbrar con su presencia,  
ni el brillo del diamante necesita,  
ni el tornasol de la crugiente seda,

pues á sus ojos fulgurando asoma  
el fuego que circula por sus venas)  
tejen graciosa danza los juglares  
y á sus juegos y músicas se entregan.

Y prosiguen las risas y el bullicio  
hasta que al centro del salon se acerca  
el viejo trovador y con voz dulce  
así una historia á relatar empieza.

—Era conde y señor de una comarca,  
que mucho á esta comarca se asemeja,  
un jóven que heredó de sus abuelos,  
con el mucho poder de la riqueza,

los privilegios de la ilustre cuna,  
el valor indomable en la pelea,  
el bondadoso corazón de un niño  
y el arrogante porte del atleta.

Huérfano el mozo desde edad temprana,  
tan dulcemente manejó las riendas  
de su condado, que olvidó el pechero  
lo que la triste servidumbre pesa.

Ser feliz es ser ménos desgraciado.  
¡Hasta en el alma de quien nada anhela  
(y en no anhelar consiste la ventura)  
hay un vacío que jamas se llena !

Llegó un día en que el jóven caballero  
de tan honda inquietud se sintió presa,  
que sin objeto se creyó en la vida,  
de la paz disgustado y de la guerra.

Buscó tranquilidad en el retiro,  
y á solas batallando con su pena,  
para encontrar la causa de sus males  
en el fondo miró de su conciencia.

Y nada en él. Desesperado, loco,  
—¿qué tósigo— se dijo— me envenena?  
¿Qué anhelo es éste que á explicar no alcanzo?  
¿Qué oculto fuego mis entrañas quema?—

Y esto al decir, hallóse frente á frente  
de una mujer como los cielos bella,  
y leyó de corrido en su mirada  
la solución oscura del problema.

## VI.

«¡Como el sordo bramido de las olas  
anuncia la borrasca que se acerca,  
en el seno recóndito del alma  
preceden al amor luchas secretas ;

y allí vive ignorado y sin salida,  
hasta que rompe con igual violencia  
que el torrente de lava comprimido  
en el seno abrasado de la tierra.

Así estalla el amor en el mancebo,  
que ya vive tan sólo para aquella  
encantadora niña que al mirarlo  
toda la luz del sol vertió en sus venas.

Ya no persigue al jabalí en el monte,  
y del trofeo enmudecida cuelga  
la trompa que azuzaba á la jauría  
y despertaba al lobo en su caverna.

Ya no rige el corcel de corvo cuello,  
tan bravo como dócil á la rienda,  
que en el combate indómito relincha  
y se alcanza al pretal cuando bracea;

ni goza al ver á la enemiga hueste  
huyendo del lugar de la contienda,  
como pollada que abandona el nido  
y azorada á los vientos se dispersa.

Aquel que fué del enemigo espanto,  
ante el enojo de su amada tiembla,  
y cede al leve soplo de un suspiro,  
y en el mar de una lágrima se anega.

Tan sólo halla placer cuando en los ojos  
de la mujer querida se contempla,  
asomándose extático al abismo,  
lleno de luz, de sus pupilas negras.

Y juzgándola un ángel de los cielos,  
cuando la mira, alucinado espera  
que surja de su frente la aureola  
ó un reguero de luz por donde huella.»

## VII.

«Ella también le amó. ¿Quién el idilio  
de sus amores relatar pudiera?  
No es más dulce el panal de mieles lleno,  
ni más tierno el balido de la oveja.

Olvidados del mundo, ¿cuántas veces  
la oscura noche les cogió en la selva,  
y ella en el seno de él se guarecía,  
medrosa del aullido de la fiera?

¿Y cuántas otras, al surcar del lago  
las aguas cristalinas y serenas,  
de su arrobamiento amoroso despertaban  
ante la vista de lejana aldea?

Cuando pasaban bajo el verde toldo  
del follaje, en las horas de la siesta,  
el pecho rebosando de suspiros  
y estallando la sangre en las arterias,

las tórtolas ocultas en las ramas  
sacaban de los nidos la cabeza  
para templar el melodioso arrullo  
al dulce són de sus amantes quejas.

¡Cuántos coloquios como el fuego ardientes;  
cuántos hondos suspiros y protestas  
y cuántos juramentos imposibles  
en aquellas de amor citas secretas !

Un dia caluroso de verano,  
en que él absorto se miraba en ella,  
oyendo adormecido á la cigarra  
entonar sus cantares á la siega,

alzóse de repente, y oprimiendo  
enloquecido, con nerviosa fuerza,  
las manos delicadas de su amante  
entre las suyas, de robusto atleta :

—¡Juro á Dios—exclamó—que si me olvidas  
he de tomar venganza tan entera,  
que haga temblar de espanto á los perjuros  
y deje en pos de sí memoria eterna !—

Y pasado el colérico arrebató,  
estuvo á punto de morir de pena  
viendo á la jóven á quien tanto amaba  
desfallecer entre sus brazos yerta,

y en sus mejillas de carmin y nieve  
la palidez, Señora, que en las vuestras»—  
concluyó el trovador, con ronco acento—  
señalando á la reina de la fiesta.

Y siguiendo del bardo la mirada,  
todo el concurso de terror se hiela  
al notar de la dama en el semblante  
la lividez horrible de una muerta.

## VIII.

—Prosigue, bardo, tu mentida historia  
—prorrumpió con la rabia de una hiena  
el señor del castillo;—pero cuida  
de no hacer blanco de palabras necias

el débil corazón de las mujeres,  
ó ¡vive Dios! villano de ralea,  
que para pasto de aves de rapiña  
te hago colgar mañana de una almena.—

Sordo rugido retembló en el pecho  
del trovador al recibir la afrenta;  
pero á sí mismo se venció animoso  
y á la historia volvió con voz serena:

—«Poco tiempo despues á los amantes  
une el lazo sagrado de la Iglesia,  
y cuando del amor, llenos de gozo,  
al regalo dulcísimo se entregan,

la voz de un monje que iracundo llama,  
en el nombre de Dios, á santa guerra,  
estremece al cristiano caballero,  
hiriendo como un dardo su conciencia;

que si grande su amor, áun es más grande  
la fé divina que en su pecho alienta,  
y está el sepulcro de Jesus bendito  
siendo de herejes condenados befa.

Pero ¿ cómo partir dejando el alma  
dentro del alma de su amante presa,  
y cómo desatarse de unos lazos  
que con tanta dulzura le encadenan ?

¿ Cómo esquivar de la mujer querida  
el ruego ardiente, la sentida queja,  
y cómo ver con ánimo tranquilo  
el llanto en sus mejillas de azucena ?

¡ Cuánto sufré al partir, no lo encarece  
la hiperbólica frase del poeta !  
¡ no le mata el dolor, porque hay dolores  
tan vivos, que dan vida á quien los lleva !

Deja, al fin, á su esposa en el castillo,  
guardada por su amor y su pureza,  
que lo que ellos no guarden, no lo guardan  
ni el fuerte muro ni la doble reja;

pero al cruzar los climas más remotos,  
á ella su amante pensamiento vuela,  
más seguro y veloz que parte al blanco  
la vira que despide la ballesta;

y se guarece en sus recuerdos dulces  
al sentirse agobiado de tristeza,  
como en el nido se refugia el ave  
cuando estalla en los cielos la tormenta.

Pero no le amilana la amargura;  
le sirve de acicate en la pelea,  
y al poner en su dama el pensamiento,  
no hay paladin que resistirle pueda.

Testigo fué de su valor y arrojo,  
en aquellos desiertos que el sol quema,  
un amigo á quien quiso como á hermano  
y en quien puso el secreto de sus penas.

¡Oh, con cuánto fervor aquel amigo,  
con quien gozoso compartió su hacienda  
y á quien salvó la vida en los combates,  
relatára del conde las proezas!

—«¿No es verdad, gran señor, que así lo haría?»—  
el bardo dijo—y esperó respuesta  
del iracundo dueño del castillo,  
que enmudeció de rabia ó de sorpresa.

## IX.

Y viendo el trovador que, dominado,  
atónito el concurso le contempla,  
cual leon que á la lucha se apercibe  
sacudiendo irritado la melena,

con voz que tiene el timbre de un rugido  
é irguiendo fieramente la cabeza :  
— « ¡ Aquel amigo—dijo—por robarle  
vendió al conde á las hordas agarenas;

que la raza de Júdas maldecida  
es más fecunda que la mala hierba,  
y es destino del bueno, por ser bueno,  
que le explote el malvado y que le venda!

El que nació señor de cien lugares  
encaneció arrastrando la cadena,  
y á oficios viles dedicó sus manos,  
sólo al manejo de las armas hechas.

Mas no pensó en morir ; pues esperaba ,  
y decia, en su hogar la mente puesta :  
« ¡Manda ¡oh Dios! sobre mí todos los males,  
mas permítete ver ántes que muera

mi castillo feudal, envuelto siempre  
en los tules flotantes de la niebla,  
y enjugar en los ojos de mi amada  
una bendita lágrima siquiera ! »

Y allí vivió, si el cautiverio es vida,  
diez años, que alargados por la pena,  
no se acababan nunca, cual si fuesen  
de la temida eternidad emblema.

¡Ay! ¿para qué volvió? Para encontrarse  
á su verdugo dueño de su hacienda,  
y á la esposa en el mundo más querida  
entregada con él á la licencia.

¿Quereis saber, si lo ignorais acaso,  
quiénes los héroes son de mi leyenda?  
¡Yo soy el conde que á vengarse viene;  
tú el amigo traidor, tú la ramera!—

Y esto al decir, el bardo señalaba  
á los nobles señores con la diestra,  
que en el alma sintieron, al oírle,  
el peso abrumador de un anatema.

— ¡Matad á ese impostor, mis ballesteros! —  
ya repuesto, rugió como una fiera  
el señor del castillo. Pero nadie  
hay que á tocar al trovador se atreva.

— ¿Me acusas de impostor? — exclama el bardo.  
¡Hola, monteros! recordad si es esta  
profunda cicatriz la de la herida  
que vuestro conde recibió en la selva. —

Y rompiendo el jubon con ambas manos,  
desnudo el pecho á los monteros muestra,  
que — ¡Es el conde! — prorrumpen en un grito  
que en la sala fatídico resuena.

— ¡Aun mientes! va á decir el falso Júdas,  
cuando un soldado sin aliento llega,  
ciego exclamando: — ¡Huid, que arde el castillo  
y ya las llamas hácia aquí se acercan! —

---

Y á este grito de horror, huyendo todos,  
en el recinto silencioso quedan  
el amigo traidor, la esposa infame  
y el conde que furioso los contempla.

## X.

—Ahora vais á morir —prorrumpe el conde.—  
Dios, que es justo, á mi cólera os entrega,  
á fin de que el furor de la venganza  
corresponda á lo grande de la afrenta.

Yo ese fuego aticé. ¡Caigan los muros  
que vieron, sin hundirse, mi vergüenza;  
pavesas los haré, para que luégo  
el huracan aviente las pavesas!—

En su sitial la dama sin sentido  
darse no puede del peligro cuenta;  
pugna en balde el traidor, anonadado,  
por recobrar sus desmayadas fuerzas,

y se unen, allá afuera, á los gemidos  
y á las voces de espanto y las blasfemias,  
el rugir de las llamas y el estruendo  
con que los altos murallones ruedan.

—¡Levántate, malsin, toma una espada  
y defiende á tu impúdica manceba  
—clama el conde;—no quiero asesinarte,  
aunque morir como ladron debieras.—

Y ambos movidos por igual impulso  
se lanzan á luchar, hasta que á tierra  
viene el traidor, atravesado el pecho,  
que fué nido de infamias é impurezas.

—¡Tú tambien morirás!—el conde ruge,  
y corre á la mujer, cuya faz yerta,  
sobre el sitial de rojo terciopelo,  
deslumbra por lo blanca y por lo bella.

—¿Qué hiciste de mi amor?—fiero prosigue—  
¡responde, infame! Pero ¿no contestas?  
¿Temes quizas que al escuchar tu acento  
te arranque, ingrata, la perjura lengua?—

Y al ver que silenciosa permanece  
con más miedo que furia se le acerca,  
la levanta en sus brazos, y al mirarla  
lanza un grito de horror. ¡Estaba muerta!

--¡Vuelve, por Dios, en tí! ¡Yo te perdono!  
ya loco exclama, y á su pecho estrecha  
con abrazo frenético el cadáver,  
cuyo contacto frígido le hiela.

Con él pretende huir desatentado;  
pero el incendio en el salon penetra  
y la llama voraz, rompiendo en chispas,  
se enrosca, salta, silba y centellea.

Corre sobre el tapiz, el mueble alcanza,  
que al trocarse en tizon es llama nueva;  
el metal hecho brasas se retuerce  
y se derrite como blanda cera;

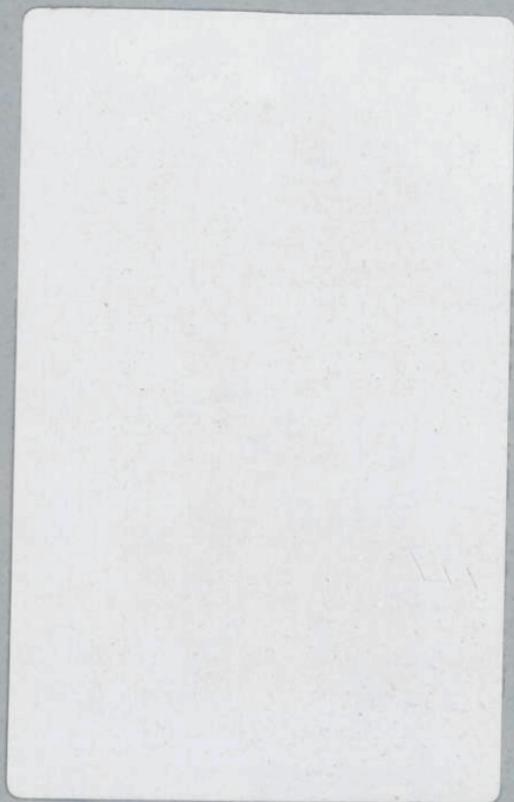
al empuje del mar de olas de fuego  
los fuertes muros calcinados tiemblan,  
y la altísima bóveda estallando  
húndese al fin, con pesadumbre inmensa.

## XI.

Cuando surge la luz del nuevo día,  
una bandada de palomas vuela  
del monte en derredor, buscando en vano  
del grandioso castillo las almenas.

*Madrid, Octubre de 1880.*





## OBRAS POÉTICAS DEL MISMO AUTOR.

---

POESÍAS, un tomo (agotada).	
NUEVAS POESÍAS, un tomo... ..	3 pesetas.
TEODOMIRO (leyenda), un tomo.....	2 »
MEDITACION ANTE UNAS RUINAS (poema)...	1 »
FRAY JUAN (poema).....	1 »
LA NIÑA DE GOMEZ ARIAS (leyenda).....	1 »
LA VELADA (poema).....	1 »
LA VENGANZA (poema).....	1 »
FERNANDO DE LAREDO (poema).....	1 »
A ORILLAS DEL MAR (poema).....	1 »
EL AÑO CAMPESTRE (poema).....	1 »
EL ÚLTIMO BESO (leyenda).....	1 »
EL CAPITAN GARCÍA (poema).....	1 »

---

## EN PRENSA.

---

MIS AMORES (carta-poema).  
VOCES DEL ALMA (poesías).